SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12
AÑO V Nº 306
14 • 9 • 2003

ЯADAR libros



LOLA GOLDSTEIN

Inteligencia artificial

Desde las aventuras de Pinocho hasta la fábula de Spielberg que adapta el clásico de Collodi, se trata siempre de lo mismo: ¿cómo alcanzar la humanidad que se desea? Alberto Manguel examina el papel de la lectura en *Las aventuras de Pinocho* y en el mundo de hoy.



POR ALBERTO MANGUEL

¿Sabéis leer?
... No por cierto
ni tal se probará que en mi linaje
haya personas de tan poco asiento
que se pongan a aprender esas quimeras
que llevan a los hombres al brasero
y a las mujeres a la casa llana.

Cervantes, *La elección de los alcaldes de Daganzo*

Leí por primera vez *Las aventuras de Pinocho* de Carlo Collodi hace ya tiempo, en Buenos Aires, a los ocho o nueve años, en una vaga traducción española con los dibujos originales de Mazzanti. Vi algo después la película de Disney y los muchos cambios me desagradaron: el Tiburón asmático que se tragaba a Geppetto se había convertido en la Ballena Monstruo; el Grillo había sido bautizado Jiminy y, en vez de desaparecer y reaparecer, no hacía más que perseguir a Pinocho con buenos consejos; el gruñón de Geppetto se había vuelto un amable anciano con un pez llamado Cleo y un gato llamado Figaro. Y faltaban los episodios más memorables. En ningún momento, por ejemplo, Disney mostraba a Pinocho (como lo hizo Collodi en la que para mí es la escena más atroz del libro) presenciando su propia muerte cuando, después de haberse negado a tomar sus medicamentos, cuatro conejos "negros como la tinta" aparecen para trasladarlo en un pequeño ataúd. En su versión original, la transformación de Pinocho –de madera a carne y hueso– me emocionó tanto como Alicia escapando del País de las Maravillas o como Ulises buscando a su amada Itaca. La excepción fue el desenlace: cuando, en las páginas finales, Pinocho es recompensado y se vuelve "un precioso niño de cabello castaño y ojos celestes", me alegré y, no obstante, me sentí al mismo tiempo extrañamente insatisfecho.

No lo sabía por entonces, pero creo que me gustaban *Las aventuras de Pinocho* porque son la crónica de un aprendizaje. La historia del muñeco es la de la educación de un ciudadano: la antigua paradoja de alguien que desea ingresar en la sociedad de los hombres mientras que simultáneamente trata de saber quién es, no según lo perciben los demás sino en sí mismo. Pinocho quiere ser "un niño de verdad" pero no cualquier niño, no la obediente y pequeña versión de un ciudadano ideal. Pinocho quiere ser quien verdaderamente es bajo la madera pintada. Lamentablemente (dado que Collodi interrumpió la educación de Pinocho justo antes de su epifanía), el personaje nunca obtiene mayor éxito. Pinocho se convierte en un niño bueno que aprendió a leer, pero Pinocho nunca se convierte en un lector.

Desde el comienzo, Collodi establece un conflicto entre Pinocho el Rebelde y esa sociedad de la cual él quiere formar parte. Incluso antes de ser esculpido, Pinocho es un pedazo rebelde de madera. No cree en aquello de "ser visto pero no oído" (el lema para los niños del siglo diecinueve), y de inmediato provoca una pelea entre Geppetto y su vecino (otra escena omitida por Disney). Le agarra una rabieta al descubrir que no hay nada para comer salvo una pera, y cuando se queda dormido junto al fuego y se quema ambos pies, espera que Geppetto le esculpa unos nuevos. Hambriento y minusválido, Pinocho el Rebelde no se resigna a quedarse sin comer o en desventaja dentro de una sociedad que debería proporcionarle comida y asistencia social. Pero Pinocho también sabe que lo que él le exige a la sociedad debe ser agradecido de manera recíproca. Por eso, habiendo recibido comida y nuevos pies, le dice a Geppetto: "Para retribuir todo lo que tú hiciste por mí, volveré a la escuela a estudiar".

La lectura es una actividad que siempre fue vista con limitado entusiasmo por quienes gobiernan. En los siglos dieciocho y diecinueve se sancionaron leyes contra la enseñanza de la lectura a los esclavos ya que quien puede leer la Biblia puede leer asimismo un tratado abolicionista.

Humanismo y humanidad

En la sociedad de Collodi, la escuela es el sitio donde se debe empezar a demostrar que uno es responsable: la escuela es el campo de entrenamiento para convertirse en alguien capaz de "retribuir" los cuidados de la sociedad. Así es como Pinocho lo resume: "Hoy, en la escuela voy a aprender a leer, mañana voy a aprender a escribir, y pasado mañana voy a aprender las matemáticas. Entonces, gracias a mi talento, podré ganar mucho dinero, y con el primer dinero que obtenga le compraré a mi padre una hermosa chaqueta de lana. ¡Pero qué digo lana! Voy a comprarle una toda de oro y plata, con botones de diamantes. Y es que el pobre hombre realmente la merece porque, a final de cuentas, por comprarme libros y darme una educación se ha quedado en mangas de camisa... ¡en medio del invierno!". Porque, para poder comprarle un cuaderno escolar a Pinocho (elemento básico para su aprendizaje), Geppetto vendió su única chaqueta. Geppetto es pobre pero en la sociedad de Collodi la educación requiere un sacrificio.

El primer paso, por lo tanto, para volverse un ciudadano es aprender a leer. Pero ¿qué significa esto de "aprender a leer"?

Primero, el proceso mecánico de aprender la clave de los signos mediante los cuales una sociedad codifica su memoria. Segundo, el aprendizaje de la sintaxis que rige dicho código. Tercero, el aprendizaje de cómo las inscripciones en semejante código pueden servir (de una forma profunda, imaginativa y práctica) para conocernos a nosotros mismos y para conocer el mundo que nos rodea. Este tercer aprendizaje es el más arduo, el más peligroso y el más potente, y éste es el aprendizaje que Pinocho nunca alcanza a poseer. Las tentaciones mediante las cuales la sociedad lo fascina y lo distrae, las burlas y las envidias de sus compañeros, la fría tutela de su preceptor moral: todas estas presiones de índole diversa crean para Pinocho una serie de obstáculos casi infranqueables que le impiden convertirse en un verdadero lector.

Alimentar el espíritu

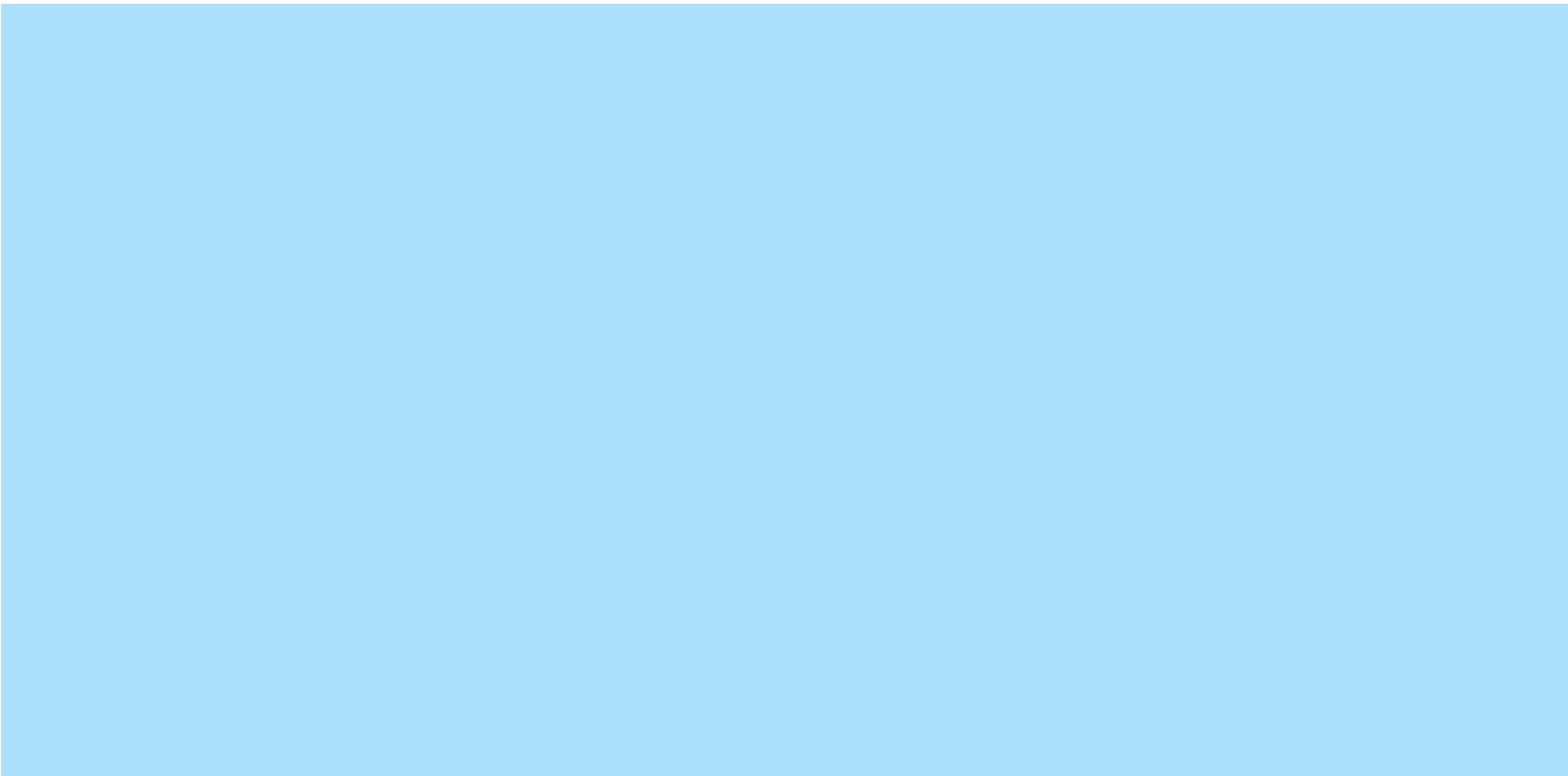
La lectura es una actividad que siempre fue vista con limitado entusiasmo por quienes gobiernan. No es un azar que en los siglos dieciocho y diecinueve se sancionaran leyes contra la enseñanza de la lectura a los esclavos. Los esclavos no debían leer ni siquiera la Biblia, ya que (como se argumentaba con razón) quien puede leer la Biblia puede leer asimismo un tratado abolicionista. Los esfuerzos y las estratagemas de los esclavos con el objeto de aprender a leer son prueba suficiente del vínculo entre la libertad civil y el poder del lector, así como también del miedo que esa libertad y ese poder provocan en la clase gobernante.

Pero en una sociedad llamada democrática, antes de poder considerar la posibilidad de aprender a leer, las leyes de esa sociedad están obligadas a satisfacer numerosas necesidades elementales: comida, alojamiento, salud. En un conmovedor ensayo, el propio Collodi dice lo siguiente acerca de los esfuerzos de los republicanos para implementar un sistema de escolarización obligatoria en Italia: "A mi juicio, hasta ahora hemos pensado más en las cabezas que en los estómagos de las clases necesitadas. Pensemos, de ahora en adelante, un poco más en sus estómagos". Cincuenta años más tarde, Brecht diría: "Primero la comida, luego la moral".

Familiarizado con el hambre, Pinocho tiene bien claro este requirimiento primario. Imaginándose qué habría hecho de tener cientos de miles de monedas y de haberse vuelto un poderoso caballero, sueña con un hermoso palacio, con una biblioteca "repleta hasta el tope de fruta confitada, pasteles, *panettoni*, tortas de almendra y barquillos rellenos con crema batida". Los libros, tal como sabe Pinocho, no alimentarán un estomágo hambriento. Y cuando los malvados compañeros de Pinocho lo atacan con sus libros, con tanta mala suerte que éstos caen al mar, unos peces que se precipitan a la superficie para mordisquear las páginas las escupen enseguida.

En una sociedad donde las necesidades básicas de los ciudadanos no son satisfechas, los libros son un pobre alimento. Mal empleados, pueden ser mortales. Cuando uno de los niños le arroja un grueso *Manual de aritmética* a Pinocho, en vez de acertar en el muñeco el libro hace impacto en la cabeza de otro de los niños, matándolo. El libro es un arma mortal.

Pero aun cuando haya montado un sistema para satisfacer las necesidades primarias y para establecer un sistema educativo obligatorio, esa misma sociedad también le ofrece a Pinocho distracciones de ese sistema, tentaciones de entretenimientos en los que no hay que esforzarse ni pensar. Primero bajo la apariencia del Zorro y del Gato, quienes le cuentan a Pinocho que la escuela los dejó ciegos y cojos. Después, a través de la creación de la Ciudad de la Alegría, lugar que el amigo de Pinocho describe así: "Allí no hay escuelas; allí no hay maestros; allí no hay libros... ¡Ésa es la clase de sitio que me gusta a mí! ¡Así es como deberían ser los pa-



íses civilizados!". Los libros se asocian para él con la dificultad, y la dificultad (en el mundo de Pinocho y en el nuestro) ha adquirido un sentido negativo que no siempre tuvo. La expresión latina *per ardua ad astra* (a través de las dificultades, hasta las estrellas) es prácticamente incomprensible para Pinocho, y también para nosotros. La sociedad no estimula ni busca la dificultad, ni el incremento de las experiencias.

Una vez que Pinocho ha sufrido sus primeras desventuras, ha aceptado la escuela y se ha vuelto un buen alumno, los otros niños empiezan a atacarlo por ser lo que llamaríamos en Argentina "un chupamedias" y se burlan de él porque "le presta atención al maestro". "¡Hablas como un libro!", le dicen. El lenguaje puede permitir que quien lo usa permanezca al ras del pensamiento, en la superficie, emitiendo conceptos dogmáticos y frases hechas, transmitiendo mensajes más que contenidos, colocando el peso epistemológico en el oyente (como en el caso del latiguillo "¿entiendes lo que quiero decir?"). Pero el lenguaje también puede intentar la recreación de una experiencia, la formulación de una idea, la exploración profunda y no superficial de la intuición de una revelación. Para los otros niños, el hecho de que Pinocho hable "como un libro" basta y sobra para etiquetarlo como un traidor, como un recluso en su torre de marfil.

Finalmente, la sociedad pone en la ruta de Pinocho a varios personajes que habrán de servirle como guías morales. El Grillo, a quien Pinocho aplasta contra una pared en un capítulo inicial, pero que milagrosamente sobrevive para ayudarlo hacia el final del libro; el Hada Azul, que primero se le aparece a Pinocho como la Niña del Cabello Azul en una serie de encuentros dignos de pesadillas; el Atún, filósofo estoico que le aconseja a Pinocho, luego de haber sido los dos tragados por el Tiburón, "aceptar la situación y esperar a que el Tiburón nos digiera a ambos" (como tantos intelectuales de hoy en día).

Todos estos "maestros" dejan librado a Pinocho a su propio sufrimiento, incapaces de hacerle compañía en sus momentos de oscura confusión. Ninguno de ellos le enseña a reflexionar sobre sus circunstancias, ninguno lo incentiva a descubrir lo que significa su deseo de "convertirse en niño". Como si citasen manuales escolares, sin estimular lecturas personales, estas figuras pedagógicas sólo están interesadas en la fachada académica de la instrucción, en la cual la adjudicación de los roles "maestro vs. estudiantes" debería supuestamente bastar para que el "aprendizaje" ocurra. Como maestros, estos personajes son inservibles porque se creen obligados a rendir cuentas únicamente ante la sociedad, no ante el alumno. A pesar de todos estas coacciones (diversión, burlas, abandono), Pinocho consigue montar los dos primeros peldaños de la escalera de su aprendizaje social: aprende el alfabeto y aprende a leer la superficie de un texto. Ahí se detiene. Los libros se vuelven lugares neutros en los que puede ejercitar el código aprendido, a fin de extraer a la postre una moral convencional. La escuela lo ha formado, sí, pero sólo para leer propaganda.

La vida como texto

Porque Pinocho no ha aprendido a penetrar en un libro y a explorar sus límites en ocasiones inalcanzables, nunca sabrá que sus propias aventuras poseen raíces literarias. Su vida (pero esto él lo ignora) es en realidad una combinación de historias antiguas y mitos ancestrales en las cuales algún día (cuando aprenda a leer de verdad) reconocerá acaso su biografía. Esto es válido para todo lector.

Las aventuras de Pinocho son el eco de una multitud de voces literarias de Occidente. El libro trata sobre un padre en busca de un hijo y un hijo en busca de un padre (una trama secundaria de la *Odisea* que Joyce luego descubriría); sobre la busca de uno mismo, como ocurre en la metamorfosis física del héroe del *Asno de Oro* de Apuleyo, y en la metamorfosis psicológica de Segismundo en *La vida es sueño*; habla de sacrificio y de redención, tal como en los relatos sobre Nuestra Señora y en las historias de Ariosto; de arquetípicos ritos de pasaje, como en las fábulas de Perrault (que Collodi tradujo); trata sobre viajes a lo desconocido, como en Dante o en las crónicas de los exploradores del siglo XVI. Como Pinocho no ve en los libros una fuente de revelación, los libros no le revelan su propia experiencia. Nabokov, enseñándoles a sus alumnos a leer a Kafka, señaló que el insecto en el cual se transforma Gregor Samsa es, de hecho, un escarabajo alado, un insecto que posee alas bajo el caparazón de su espalda, y que si Gregor hubiese sabido esto, habría logrado escapar. Y Nabokov agrega luego: "Algunos Gregorios, algunos Pedros y Juanas, no saben que tienen alas y que pueden volar" .

Todo cuanto puede hacer Pinocho, luego de haber aprendido a leer, es repetir como un loro lo que dice el manual escolar. Pinocho asimila las palabras escritas pero no las digiere: no se adueña auténticamente de los libros porque, incluso al final de sus aventuras, aún es incapaz de aplicar los libros a su experiencia personal y al mundo. Aprender el alfabeto lo conduce, en el último capítulo, a adquirir una identidad humana y a mirar el muñeco que antes fue con divertida satisfacción. Sin embargo, en un libro que Collodi nunca escribió, Pinocho debe todavía confrontarse a la sociedad con un lenguaje imaginativo, un lenguaje que los libros podrían haberle enseñado en base a la memoria, la asociación, la intuición, la imitación. Más allá de la última página, Pinocho finalmente está listo para aprender a leer.

Imaginar consiste en subvertir la visión del mundo que nos ha sido impuesta. Aunque Collodi no le puede conceder a su muñeco este estado final de autodescubrimiento, llegó a intuir las posibilidades de sus dones imaginativos. Sabía que cada crisis de la sociedad es, en definitiva, una crisis de la imaginación.

Las palabras y las cosas

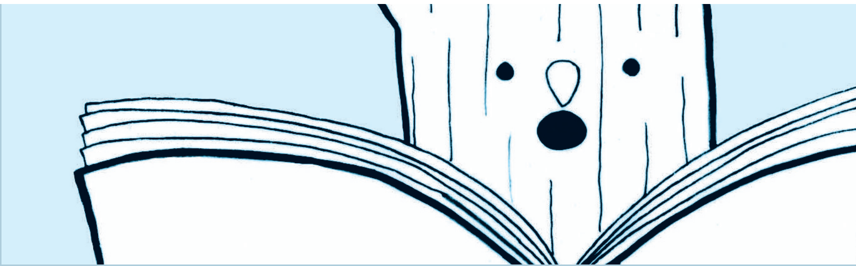
La experiencia de lectura superficial de Pinocho es la antítesis perfecta de la de otro héroe vagabundo, o más bien heroína. En el mundo de Alicia, el lenguaje es restaurado en su más esencial y rica ambigüedad y cualquier palabra (según Humpty Dumpty) puede ser llevada a decir lo que el hablante desea que ésta diga. Por más que Alicia rechaza una teoría tan arbitraria ("Pero 'gloria' no significa 'una buena argumentación'", dice), esta libre epistemología rige en el País de las Maravillas. Si en el mundo de Pinocho el significado de un cuento impreso carece de ambigüedad, en el mundo de Alicia el significado de "Jabberwocky", por ejemplo, depende de la voluntad de su lector. (Quizá sea útil recordar que Collodi escribía en una época en que el idioma italiano estaba siendo por primera vez asentado oficialmente a partir de numerosos dialectos, mientras que el inglés de Lewis Carroll estaba "asentado" desde hacía mucho tiempo y por ende podía ser cuestionado con relativa seguridad).

Cuando hablo de "aprender a leer", me refiero a algo que yace entre estos dos estilos o filosofías. El método de Pinocho responde a las estructuras del escolasticismo que, hasta el siglo XVI, constituían el método oficial de aprendizaje en Europa. En el aula escolástica, el alumno debía leer tal como lo dictaba la tradición, de acuerdo con comentarios establecidos y aceptados. El método de Humpty Dumpty es una hipérbole de las interpretaciones humanistas, un punto de vista revolucionario según el cual cada lector debe entablar con el texto su propio vínculo. Umberto Eco limitó esta libertad al observar, muy útilmente, que "los límites de la interpretación coinciden con los límites del sentido común"; a lo cual, desde luego, Humpty Dumpty podría replicar que su sentido común no es el mismo que el sentido común de Eco. No obstante, para la mayoría de los lectores, la noción de "sentido común" comporta una cierta claridad común que debería ser suficiente. "Aprender a leer" es, por lo tanto, adquirir los medios para apropiarse de un texto (como lo hace Humpty Dumpty) y también para nutrirse de las apropiaciones de los otros (como el maestro de Pinocho podría haber sugerido). En esta zona ambigua entre la posesión y el reconocimiento, entre la identidad impuesta por los demás y la identidad descubierta por uno mismo, yace el acto de leer.

La letra, con sangre entra

Pero en el seno de cada sistema escolar existe una feroz paradoja. Una sociedad necesita impartirles a sus ciudadanos el conocimiento de sus códigos, de modo que estos ciudadanos puedan volverse participantes activos, pero el conocimiento de dicho código, más allá de la mera habilidad para descifrar un eslogan político, una publicidad o un manual de instrucciones básicas, también permite que estos mismos ciudadanos critiquen su sociedad, revelen sus defectos o intenten alguna clase de cambio. En el mismo sistema que hace posible el funcionamiento de una sociedad reside el poder de subvertirla. De manera que el maestro, la persona escogida por esa sociedad para transmitir a los nuevos miembros los secretos de su vocabulario común, representa de hecho un peligro, un Sócrates capaz de corromper a los jóvenes, alguien que debe por un lado ▸

NOTA DE TAPA



▸ continuar a enseñar a pensar y que, por el otro, debe someterse a las leyes de la sociedad que le confirió ese puesto de tutor, hasta el extremo de la autodestrucción, como en el caso de Sócrates. Un maestro está siempre atrapado en esta doble misión: la de enseñar para hacer que los estudiantes piensen por sí mismos, pero la de enseñar de acuerdo con una estructura social que pone un freno al pensamiento. La escuela, en el mundo de Pinocho (como en el nuestro), no es un campo de entrenamiento para volverse un niño mejor y más completo, sino un lugar de iniciación al mundo de los adultos, con sus convenciones, sus exigencias burocráticas, sus acuerdos tácitos y su sistema de castas. No existe tal cosa como una escuela para anarquistas y, sin embargo, en cierto modo cada maestro debe enseñar el anarquismo, debe enseñar a sus alumnos a impugnar reglas y regulaciones, a buscar explicaciones tras todo dogma, a confrontar imposiciones, a no acatar órdenes; a rechazar prejuicios, a reclamarle autoridad a quien está en el poder, a encontrar una posición desde la cual emitir sus propias ideas, aun cuando éstas se opongan y finalmente aniquilen al propio maestro.

En ciertas sociedades en las cuales la labor intelectual posee un prestigio en sí misma, así como en varias sociedades indígenas en todas partes del mundo, el maestro (anciano sabio, chamán, instructor, guardián de la memoria de la tribu) cumple una tarea algo más fácil, ya que varias actividades en dichas sociedades están subordinadas al acto intelectual. Pero en la mayoría de nuestras sociedades, la labor intelectual no posee ninguna clase de prestigio. El presupuesto acordado a la educación es lo primero que se corta, gran parte de nuestros líderes apenas saben leer y escribir, se hacen grandes discursos en torno a la noción de alfabetización y los libros son celebrados oficialmente en ferias y aniversarios, y sin embargo en las escuelas y en las universidades las ayudas financieras suelen destinarse sobre todo a la adquisición de equipos electrónicos (intensamente promovidos por la industria) antes que a la compra de libros, esgrimiéndose la justificación intencionadamente falsa de que el soporte electrónico es más barato y duradero que el papel y la tinta. Como consecuencia de esto, nuestras bibliotecas escolares y universitarias pierden más y más terreno.

Para vender esta tecnología, nuestra sociedad proclama dos atributos principales: su velocidad y su inmediatez. "Más rápido que el pensamiento", reza la publicidad de cierto ordenador portátil, un eslogan que la escuela de Pinocho habría suscripto sin duda. La oposición es válida, ya que el acto de pensar precisa tiempo y profundidad, las dos cualidades esenciales en el acto de leer.

Enseñar es un proceso lento y difícil, dos adjetivos que en nuestra época se han vuelto sinónimo de defecto más que instrumentos de alabanza. Hoy parece casi imposible convencer a la gente de los méritos de la lentitud y del esfuerzo deliberado. Así y todo, Pinocho aprenderá tan sólo si no está apurado en aprender, y se convertirá en una persona íntegra sólo mediante el esfuerzo que requiere un lento aprendizaje. Ya sea en la era de Collodi y sus manuales escolares, ya sea en nuestra era de informática accesible a todos y casi infinita, resulta bastante fácil ser superficialmente instruido, poder seguir una telenovela, entender un chiste, una publicidad, leer un eslogan político. Pero para avanzar y profundizar, para tener el valor de enfrentar nuestros temores, nuestras dudas y nuestros secretos, para plantearse la relación entre los mecanismos de la sociedad, los nuestros y los del mundo, para ello debemos aprender a leer de otras formas diferentes, formas que nos enseñen a pensar. Pinocho puede convertirse en niño al término de sus aventuras, pero en definitiva sigue pensando como un muñeco.

Pedagogía del oprimido

Casi todo lo que nos rodea en nuestras sociedades nos incita a no pensar, a contentarnos con lugares comunes, con el lenguaje dogmático que divide al mundo en términos de blanco o negro, bueno o malo, ellos o nosotros. El grito de las cruzadas es el grito de Bush y sus secuaces para justificar sus guerras ilegales. Este es el lenguaje del extremismo, que brota en estos días, recordándonos que no ha desaparecido. A la dificultad de reflexionar sobre las paradojas y las preguntas abiertas, las contracciones y el orden caótico de nuestro tiempo, respondemos con el grito antiguo de Catón, el Censor, en el Senado Romano, "Cartago delenda est!" (Cartago debe der destruida); es decir: la otra civilización no debe ser tolerada, el diálogo debe ser evitado, el dominio debe imponerse mediante la exclusión o el aniquilamiento. Éste es el grito de Putin en Chechenia, de las fuerzas aliadas en Afganistán e Irak, de Sharon en Palestina. Estos son los argumentos de Haider en Austria, Kadafi en Libia, Le Pen en Francia, Castro en Cuba, Berlusconi en Italia. Se trata de un lenguaje que pretende comunicar pero que, bajo diversos disfraces, tan sólo intimida; de un lenguaje que no espera otra respuesta que no sea silencio y obediencia. "Sé bueno y sensible", le dice el Hada Azul a Pinocho, "y serás feliz" . Muchos eslóganes políticos pueden reducirse a este necio consejo.

Trascender este estrecho vocabulario de lo que la sociedad considera como "bueno y sensible" hacia uno más vasto, más rico y, sobre todo, más ambiguo, es algo aterrador, porque este otro campo semántico no tiene fronteras y equivale exactamente a pensar, a emocionarse, a intuir. Este vocabulario infinito está abierto y disponible si nos tomamos el tiempo y si hacemos el esfuerzo de explorarlo; y a lo largo de muchos siglos ha ido forjando palabras a partir de la experiencia, con el objeto de devolvernos en palabras la imagen de esa experiencia, de permitirnos entender el mundo y entendernos a nosotros mismos. Este vocabulario es más grande y duradero que la biblioteca de Pinocho, hecha de dulces y de golosinas, porque la incluye (metafóricamente) y porque, en concreto, conduce a ella, al permitirnos imaginar cómo podríamos cambiar una sociedad en la que Pinocho se muere de hambre, es agredido y explotado, es privado de su estatus de niño, es forzado a ser obediente y a ser feliz en su obediencia.

Imaginar consiste en disolver barreras, en ignorar fronteras, en subvertir la visión del mundo que nos ha sido impuesta. Aunque Collodi no le puede conceder a su muñeco este estado final de autodescubrimiento, llegó a intuir, creo yo, las posibilidades de sus dones imaginativos. Y aun cuando afirmó la importancia del pan sobre las palabras, sabía que cada crisis de la sociedad es, en definitiva, una crisis de la imaginación.

El pintor de la vida moderna

AMOR Y ANARQUÍA LA VIDA URGENTE DE MARÍA SOLEDAD ROSAS (1974-1998)
Martín Caparrós
Planeta . Buenos Aires, 2003 .350 págs.



POR MARIA MORENO

Durante los primeros años de la democracia, la estrella mediática fue el periodista investigador quien, como garante del cumplimiento de la ley jurídica donde el periodismo se homologa a periodismo político, hace coincidir la verdad con la sentencia y el estilo. Aunque no renuncie al rasero literario marcado por Rodolfo Walsh, instala un ademán ascético y apolíneo, como si adoptar una lírica modernista para los derechos humanos fuera una violación de los mismos en el corazón de una lengua herida a través de las nuevas acepciones de la palabra "desaparecido" y como si para contar ciertas cosas hubiera que renunciar a los goces de la retórica y el uso del español debiera limitarse, en una suerte de voto de abstinencia, a su función instrumental. Al mismo tiempo, en el mismo período, los cronistas populares empezaban a relevar los nuevos sujetos de la ciudad luego del sitio interno, siguiendo la tradición de hablar como minorías ilustradas por las mayorías silenciosas. Martín Caparrós se distancia de uno y otro modelo.

En su primer libro de crónicas, *Larga distancia*, Caparrós salió a recuperar la coloratura un poco barroca del castellano mientras ponía en evidencia las infatuaciones del cronista paradigmático que fetichiza la experiencia y cuyo viaje hacia lo desconocido puede exponerlo al peligro hasta por un error de traducción. En *La guerra moderna* desplegó una suerte de cronista bufo, cobardón y autodenigratorio, contracara clownesca del investigador comprometido.

Si en *Larga distancia* Caparrós se quejaba de que ya no hubiera territorios vírgenes para la crónica, de que cada partícula de continente ya hubiera sido conquistada por la mirada de los cronistas de las grandes potencias, obligándose a recrear constantemente su propia tradición, también debía marcar su diferencia de la tradición local épico-política. Entonces eligió construirse como cronista *bon vivant*, viajero y gastrónomo, a lo Lucio V. Mansilla. Al mismo tiempo, deploraba los lenguajes especializados, exagerando lo coloquial hasta la falta de respeto: "Empiezo a pensar que ellos –los serbios– no quieren que cuente cómo es la vida en su ciudad bajo las bombas y entonces que se vayan al carajo", escribe Caparrós en *La guerra moderna*.

Tampoco es ajena a Caparrós la marca del titeo criollo con la que se garantiza la propia credibilidad, la de los cachadores de *La Siringa* de José Ingenieros, cuyos miembros ejercían la inmodestia afectada y un gaste al recién venido cultural capaz de adoptar la forma de un ateneo internacional para burlarse de los provincianos deseos de pertenecer. Caparrós no llega a tanto: cultiva menos el arte de la injuria y de la réplica que un *tonito*. Ese *tonito* es una estrategia que lo distancia de las identificaciones meteóricas, goteantes de piedad acrítica, del cronista popular con su objeto.

El título de su último *opus*, extraído de una película, y la exhaustiva investigación realizada en la Argentina y en Italia, sirven para reconstruir una vida: la de María Soledad Rosas, la muchacha argentina que, adscripta al anarquismo turinés, se suicidó durante su prisión domiciliaria, siguiendo los pasos de su compañero Edoardo Mazzari, luego de ser acusada de ecoterrorismo. En *Amor y anarquía* no hay *tonito*, ni parodia, ni esa mirada totalitaria que sólo insiste en desnudar la imposibilidad de que la experiencia sea representable y en denunciar el artificio de toda novedad. Caparrós cede incluso al sentimentalismo, que el cronista popular suele explorar no desde sus sentimientos sino desde los géneros canónicos del bolero, el folletín, el epistolario amoroso y los epitafios: "A veces me pregunto qué pasaría si me la cruzara, ahora mismo, por la calle, en un bar, en la plaza Las Heras. Ella solía caminar por estas calles: me pregunto que pasaría si la viera pasar por la vereda, una desconocida enredada en perros, una molestia en el camino. Si miraría sus perros, si la miraría. Si volvería a mirarla, si me pararía a mirarla por la calle. Y me pregunto si hablaría con ella, si tendría de qué hablar. Si alguna vez habríamos podido sentarnos a conversar de algo, fumar un cigarrillo o un porrito, soportarnos más de quince minutos –me pregunto ahora, cuando la vida de ella ocupa tanto lugar en mi vida".

Tampoco hay en *Amor y anarquía* una hipótesis biográfica, ni se enuncia allí siquiera tentativamente el sentido de una muerte. Al contrario, se van poniendo en duda las causas a medida que se las despliega, sometiendo a prueba los fundamentos mismos de su manera de nombrarlas. Caparrós se abstiene del epitafio y de la sentencia, acompañando el hilo de una vida hasta volverla casi encarnable. En ese sentido, la repetición insistente de los datos de los testigos cada vez que reaparecen en el texto funciona como un mantra. La ética del biógrafo consiste en dejar intacto el misterio como si concluir en algún sentido atentara contra la soberanía del acto final de María Soledad Rosas (aunque no falte el análisis político para enjuiciar al Estado italiano y se insinúen contrastes con la propia militancia de Caparrós durante los años setenta).

A pesar de que se trata de un libro escrito deliberadamente en clave internacional y de que aparezca como el más "profesional" del autor, es el que más desliza otra cosa fuera de los dictados del mercado editorial y de los circuitos literarios. Nunca antes se había escrito tan conmovedora e inteligentemente sobre el principio de escalada que recorre una radicalización, su índole desgarradoramente solitaria, aun en sus postulados de colectividad, su autonomía de todo objetivo político (aunque se ofrezca a una lectura política), permitiendo imaginar aquellas vidas que en la década del setenta escapaban, en su soberanía trágica y aún dentro de las organizaciones armadas, a los imperativos militares de éstas y a la lógica del suplicio como agente externo (y no en un sentido de ofrenda y sacrificio). *Amor y anarquía* parece organizarse como un resto de *La voluntad*, dejando emerger aquellos postulados revolucionarios que la militancia de los setenta sólo deslizó entre sus fisuras, antes de que el modelo militar sustituyera al político: la revolución en la vida cotidiana, capaz de comprometer desde la sexualidad hasta la dieta, pasando por el trato a los animales domésticos y la música de fondo, la errancia comunicativa y las puertas de la percepción.

En la literatura argentina las mujeres son, de hecho, desaparecidas de ficción. Que esa gloria le quepa al vituperado Sabato: su Alejandra tiene más carnadura que La Maga, esa masoquista sin cuerpo que provoca repugnancia en el narrador progresista de *Rayuela*. El resto son clichés que sólo aparecen para permitir el uso de metáforas ganaderas en cuerpos que tienen la presencia mínima de las malvadas de novela negra o de psicólogas de fondo. Entonces, *chapeau*: el cronista del bigote de manubrio, con materiales reales, en asamblea de testigos, ha construido una magnífica y duradera heroína literaria.

ENTREVISTA

La ampliación democrática

El politólogo Guillermo O'Donnell pasó fugazmente por la Argentina y, en conversación con *Radarlibros*, se retractó de su anterior pesimismo acerca de los cercos de la democracia. Para O'Donnell, en la Argentina de hoy todo vuelve a ser redefinido.

POR CECILIA SOSA

Desde que en 1979 se exilió en Brasil, Guillermo O'Donnell nunca volvió a vivir en el país. Pero según dicen muchos (y él mismo acepta) su obra no es más que una obcecada reflexión sobre Argentina. La semana pasada llegó de la Universidad de Notre Dame (Indiana, Estados Unidos), donde trabaja desde 1988, para participar de una charla en el Centro de Estudios Políticos Económicos y Sociales (Cepes), la *think tank* que lidera Carlos "Chacho" Alvarez. En diálogo con *Radarlibros*, el politólogo y ensayista reivindicó el concepto de agencia, puntualizó por qué es importante distinguir democracia de régimen y apostar por los derechos políticos como trampolín para la ampliación de los derechos cívicos y sociales, temas centrales de *Democracia, desarrollo humano y ciudadanía*, el libro que acaba de editar Homo Sapiens y del que fue uno de los compiladores.

En 2001 hablaba de la muerte de la democracia. Ahora plantea al ciudadano como un agente capaz de mejorar la calidad democrática. ¿De pronto se volvió optimista?

–Son dos planos diferentes. Durante mucho tiempo me preocupó que la democracia argentina se fuera extinguiendo, por eso hablaba de una "muerte lenta". Aunque ahora hay cierto alivio, el riesgo sigue estando. Otro plano distinto es pensar de dónde sale el vigor posible de una democracia. Eso es lo que me llevó a pensar que la democracia no es sólo un régimen sino un modo específico de relación con el Estado y de los ciudadanos entre sí. La democracia tiene la obligación de reconocer a todos como ciudadanos responsables. Ese plano de igualdad es violado constantemente pero también puede ser constantemente reactivado. Es la única forma política que contiene ese carozo que puede ser explotado. Y ésa es la idea de agencia.

¿El concepto de agencia es, entonces, una categoría moral?

–Un intelectual debe ocuparse de cosas que lo conmueven moralmente. Cuando escribo es porque estoy enojado o preocupado por algo, no porque pienso que debo llenar tal o cual agujero en la literatura. Escribo sobre las cosas que me preocupan cuando me afeito. Y muchas veces me corto. La condena moral a la violencia y a la represión estatal es una de ellas. Lo que ahora me moviliza es esta inconsistencia entre la vigencia de un régimen democrático y seguir viviendo con miedo a la violencia física, a la represión, al hambre, al frío y a ser humillado. Allí reside la contradicción entre un régimen democrático que dice que somos ciudadanos iguales y una práctica social que no sólo lo niega sino que en los últimos años ha acentuado su crueldad. Creo que en esta inconsistencia están los elementos morales y políticos que permitirían superar esa situación.

¿Se refiere a la idea de que las democracias de América latina deberían usar los derechos políticos para ampliar los derechos civiles y sociales?

–Los derechos políticos son lo único que tenemos. En estas democracias de América latina, los derechos civiles son negados a la mayoría y ni qué decir los derechos sociales. Entonces, ¿qué tenés para organizarte, para alentar una esperanza, para pensar en un futuro?: los derechos políticos. Una crítica a la democracia desde adentro supone no olvidar que los derechos políticos son muy valiosos, no reconocerlo es ayudar a los adversarios a destruir lo único que nos queda.

¿Cree que movimientos como el de los cartoneros, los piqueteros o las fábricas recuperadas apuntan en esa dirección?

–No sé cómo debería darse el proceso y no creo que tenga que saber. Que un intelectual tenga capacidad de diagnosticar no le da derecho a prescribir acción. La soberbia intelectual suprime la política. La obligación del intelectual, y es un tema casi socrático, es colocarmolestamente temas. Esa es su obligación y ahí termina su papel específico.

Usted afirma que la seguridad es el único tema de la agenda pública no impuesto sólo por los sectores dominantes. ¿Por qué?

–Si se recorre la agenda pública de la última década, los temas que aparecen son los de una economía definida de una manera muy específica, alguna ayuda social como cataplasma y la criminalización indirecta de la pobreza vía el tema "seguridad": son los temas de los que ya empezaron ganando. La composición de esa agenda es el reflejo sintomático de la distribución del poder. Es un termómetro social tanto en lo que incluye como, por supuesto, en lo que excluye. Hay una agenda silenciada que es el inventario de las demandas que han sido suprimidas durante años.

¿La lucha por ampliar los derechos coincide con el desocultamiento de esa agenda silenciada?

–Tratar de alcanzar derechos civiles y sobre todo corregir horrores sociales otorga la posibilidad de ejercer el poder. Si vivo con miedo, si me maltratan en la vereda, si no puedo ir ante un tribunal, es muy difícil que logre articularme con otros. Puedo conocer mis derechos pero no tengo forma de efectivizarlos, estoy *desapoderado*. El gran triunfo de los criminales ha sido socavar las bases de la acción colectiva, no sólo una identidad política, sino la capacidad humana de juntarse.

¿La pobreza no es un obstáculo real en ese proceso?

–No sólo la pobreza material, también la pobreza legal, el despojo de derechos puede ser aún más grave. Sin duda hay gente heroica que se sobrepone a las limitaciones pero la sensación de que si actúo voy a ser castigado puede ser un impedimento tanto más grave que el hecho de no saber si mañana no voy a comer. La combinación es diabólica.

Usted afirma que entre democracia, desarrollo y derechos humanos hay una afinidad electiva, ¿a qué se refiere?

–El ser humano al que se refieren muy explícitamente los derechos humanos, y más indirectamente los que hablan de desarrollo humano, es el mismo agente en el que creo haber encontrado el carozo de la democracia como régimen político. Y es también la misma concepción filosófica que está inscripta en todas las religiones humanas, el Islam, el judaísmo, el cristianismo y también el budismo. Todas coinciden en que somos responsables de nuestros actos. Después cometemos horrores, pero el concepto central es de agencia.

¿Cuáles son las consecuencias de reducir democracia a régimen?



–Es una reducción esencialmente conservadora que amputa una dimensión fundamental de la democracia y convierte la unidad de análisis en el votante. Es la opción más cómoda para los conservadores y para buena parte de los politólogos argentinos.

Entonces, ¿cómo definir la política?

–Eso siempre ha sido objeto de lucha. Históricamente la derecha siempre ha definido la política como un objeto muy angosto, dejando el resto al juego de los poderes sociales, sean el papá, la familia, el empleador o la iglesia. La política democrática es una permanente lucha por la redefinición de esas fronteras. En la Argentina del menemismo sufrimos una derrota abismal a manos de la derecha, que logró arrinconar lo público y lo colectivo a espacios sumamente reducidos. Ahora, esa frontera vuelve a ser discutida.

El fusil y la rueca

LA PASIÓN Y LA EXCEPCIÓN
Beatriz Sarlo

Siglo XXI
Buenos Aires, 2003
240 págs.

POR RAÚL ANTELO

En *La pasión y la excepción*, Beatriz Sarlo dice que, hace años, Jorge Dotti supo llamarle la atención hacia el pensamiento de Carl Schmitt, que ella misma reencontraría, más tarde, en Giorgio Agamben.

En efecto, en *Homo sacer* Agamben define la excepción como una suspensión del orden de la cual el soberano, por propia decisión, está excluido aun cuando, de algún modo, se conserve en el interior de su lógica. Agamben retoma así la fórmula de Schmitt ("el soberano está al mismo tiempo dentro y fuera del orden jurídico") subrayando, según señala Sarlo, la relevancia de esa condición de simultaneidad, ese *al mismo tiempo* que tensiona la noción de excepción.

La violencia soberana abre así un área de excepcionalidad entre ley y naturaleza, violencia y normatividad, que el soberano discrimina en la misma proporción en que las mezcla. Mallarmé había echado los dados: "*Nada* de la memorable crisis o bien ha desaparecido el suceso cumplido en vista de cada resultado nulo humano *Habrá tenido lugar* una elevación ordinaria vierte la ausencia *Sino el lugar* inferior chapoteo cualquiera como para dispersar el acto vacío"). Sarlo recoge los dados y lo admite: *nada habrá tenido lugar salvo el lugar*.

Eva Duarte, nos dice Beatriz Sarlo, se hace Eva Perón en la medida en que se desplaza de un lugar. Su excepcionalidad es un efecto del fuera de lugar, entendido no como inadecuación a un modelo central sino como pase, en que lo deficitario en la escena artística se vuelve excesivo en el campo político.

Pues bien, esa situación de aquello que no puede quedar por debajo, es lo que se llama soberanía (condición del *superanius*, el que está por arriba). Dotti interpreta que esa excepción es una quiebra vanguardista. Sarlo, recordando que para Schmitt la excepción es asimilable al milagro en teología, concluye que los montoneros seguramente no se hubieran sentido inquietos por esa tesis.

Diríamos, y es en parte el argumento de la ensayista, que a Borges tampoco le fue indiferente esa fusión de destino y revelación porque el escritor comprendió rápidamente que el nudo primordial de la cultura argentina residía en la figura de un insumiso, alguien que, como Martín Fierro, no se somete a la ley de levas y que, mediante esa quiebra vanguardista, inaugura una voz, un lugar, que no habrá tenido lugar salvo el lugar.

No obstante, de la lectura del ensayo de Sarlo se concluye que la pasión, el *pathos* trágico, suele coincidir con la apatía, por el motivo paradojal de que la soberanía remite a lo extremo y excepcional, a lo muy alto y muy bajo, pero no como disyuntivas metafísicas entre las cuales se debe necesariamente optar, sino como catastróficas superposiciones simultáneas de valores opuestos aunque complementarios.

Anti-romántico, Borges fue un agudo propulsor de la apatía. Les censuraba muchas veces a escritores no admirados, pero también a los amados, como a Martínez Estrada, que reincidieran una y otra vez en lo patético, cuando lo único que podía salvar a la literatura, decía, era la apatía.

Borges tradujo, durante la guerra, una famosa alegoría de Kafka, en la cual el portero soberano de la ley es también el más subalterno de sus guardianes, alguien que resguarda los umbrales de la norma de manera meramente inútil porque la ley se guarda sin ser guardada, siempre vigilada a través de una puerta constantemente abierta hacia la nada. Mallarmé reencuentra así a Carl Schmitt.

Pero ese guardián de la ley pertenece también a la misma estirpe del escribiente Bartleby, el personaje de Melville, figura triste y verdadera que nos enseña la inutilidad esencial de la vida, como dice Borges, con un juicio aporético donde se conjugan, recurrentemente, el rebajamiento de la sensibilidad y, asimismo, la política como infinito potencial.

Pero ¿qué política es ésa? No es la política del hombre, el humanismo, ni tampoco la política del Estado, la *Realpolitik*. En cuestiones políticas, Sarlo es antimimética. Busca a la política como un pliegue de máquina y deseo.

La fusión de apatía y política (propuesta por Borges, por Agamben, por Deleuze y, en último análisis, por Sarlo) señalaría la paradojal potencia de la literatura que surge, exactamente, en ese pliegue en que la escritura depone su potencia de no-ser o no-hacer. Esa fusión de política y apatía no configura, precisamente, una destrucción de la potencia en el acto sino más bien todo lo contrario, una conservación o salvación de la potencia en sí. A la conservación o salvación de la potencia la podríamos llamar, entonces, con Sarlo, pasión.

La hipótesis de *La pasión y la excepción* es, pues, que el quiebre vanguardista (el asesinato de Aramburu, la puerta de los '70) se lee en la construcción de Eva así como el duelo borgiano señala una masmédula de la identidad: la barbarie habita toda cultura y es en vano cuidar las normas porque la ley se guarda sin ser guardada. La soberanía tiene, más allá de los semblantes, su propio lugar, constantemente abierto hacia la nada.

Una definición como ésa configura, por tanto, a la pasión como una fuerza que sobrepasa a la misma fuerza. Pero es justo observar, asimismo, que esa peculiaridad no es, en absoluto, exclusiva de la literatura. Se la ve también en la problemática de lo sensible y su multiplicación indiscriminada gracias a la modernidad tecnológica, tema que tanto ha desvelado a Sarlo en obras anteriores. Basta pensar en *Escenas de la vida posmoderna*, *Instantáneas* o *La máquina cultural*.

A menudo, Sarlo llega a esa fusión entre *pathos* y apatía gracias a una imagen anacró-

EN EL QUIOSCO

EN EL QUIOSCO

LA POSICIÓN, *literatura y política, Nº 4 (Bahía Blanca: abril-mayo de 2003)*

Nacida al calor de las jornadas de diciembre de 2001, más que nada con notas sobre aquella "realidad" y sólo tres o cuatro reseñas específicamente literarias, *La posición* fue mutando hasta dedicarle todo su contenido a la narrativa nacional, tal como sucede en su número 4, que todavía está en los quioscos. La revista está hecha en Bahía Blanca, ciudad marcada por el predominio ideológico del diario *La Nueva Provincia* de la familia Massot que –sólo por poner un ejemplo– por estos días se solaza en calificar al juez Baltasar Garzón como "desconocedor del derecho" e "inspirado en grupos de extrema izquierda".

Así fue como, en este peculiar contexto, *La posición* se dedicó en su momento a difundir información sobre movilizaciones, asambleas y a debatir sobre la educación y problemáticas universitarias, cuando casi no había otros medios para divulgarlas. Ahora, apagados los ecos más urgentes de la crisis y con Kirchner en el gobierno, los integrantes de *La posición* (Maximiliano Crespi, Mariano Granizo, Claudio Dobal y Fabián Wirscke) decidieron dedicarse de lleno a la literatura y sus alrededores.

El número 4 está completamente dedicado al "enigma Aira", con nueve artículos-ensayos sobre el escritor nacido en Coronel Pringles que no se deja clasificar fácilmente y que desconcierta a los críticos. En una de las notas, Diego Poggiese da cuenta de los muchos Airas que hay en Aira: "A la vez se lo lee como escritor exitoso y brillante, o trivial y compulsivo. Se dice al mismo tiempo que puede ser una prolongación de cierta tradición literaria argentina o una expresión nueva. Se lo asocia con ciertas representaciones conocidas y estereotipadas, o bien se le adjudica la invención permanente de espacios de incertidumbre".

Maximiliano Crespi, en una presentación que funciona como editorial, defiende la idea de explorar una obra o un autor en cada edición de la revista: "El recorte, que se hace sobre un `autor' que quizá no sea más que todo lo contrario de lo que habitualmente se designa con ese término, lejos está de ser su objeto. Aira no es más que una excusa, un punto de partida". *La posición* viene en dos formatos: la versión gráfica puede conseguirse en Bahía Blanca; la versión digital puede solicitarse de modo gratuito vía mail (laposicion@data54.com).

MARTÍN DE AMBROSIO

NOTICIAS DEL MUNDO

NOTICIAS DEL MUNDO

Dos por uno El Gimnasio Cinematográfico Cero en Conducta anuncia que se encuentran abiertas las inscripciones para "Happy Hour de cine & literatura de culto" (Charla + Película), actividad que se desarrollará a partir del lunes 15 de septiembre, desde las 21.30 en la Biblioteca "Los 39 escalones" del Cineclub Municipal de la ciudad de Córdoba. El 15, Claudio Zeiger se referirá a *La virgen de los sicarios*; el 16, Silvio Mattoni hablará de *El proceso*, y el 17 Carlos Schilling de *Lolita* (se proyectará la versión de Adrian Lyne). El 18 Mariana Enríquez presentará *Carrie*, el 20 Demián Orosz *La tregua* y el 21 José Pablo Feinmann se referirá a un film sorpresa.

La edad oscura El Centro de Estudios Clásicos y Medievales de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue organiza las Segundas Jornadas Internacionales de Estudios Clásicos y Medievales "El mundo clásico y medieval: antecedentes y proyecciones", que se realizarán en Neuquén entre el 27 y 29 de mayo de 2004. Además de los temas relacionados con el título del congreso, se aceptarán también trabajos destinados a las sesiones de comunicaciones libres y a los foros de exposición de los avances alcanzados por equipos de investigación. La fecha de cierre para la recepción de fichas de inscripción y resúmenes ha sido fijada para el 3 de abril de 2004. Los trámites y pedidos de información se canalizan a través de la dirección electrónica cecym@uncoma.edu.ar y del teléfono (54) 29 94 49 03 89. Más información en http://investigadores.uncoma.edu.ar/cecym/.

nica. Ella misma recuerda el indispensable anacronismo necesario para descifrar un campo arqueológico "irredento" (como ella diría con un adjetivo recurrente en su ensayo). Ese tiempo, ese lugar, no es el pasado sino la memoria, que es sucesiva en su proceso pero siempre anacrónica en sus montajes.

Sarlo, por ejemplo, se delicia reconstruyendo en el archivo la lógica de la aplicación en la indumentaria burguesa de los '40 (apliques, canesús, pespuntes, cuellitos dobles, abotonaduras falsas, ribetes a contratono, *jabots*) para mejor situar el quiebre vanguardista introducido por Eva: el *tailleur* príncipe de Gales y su contracara, la deslumbrante *tenue de soirée* en las grandes veladas. La excepcionalidad consiste pues en coser y enhebrar Ninotchka y Medias de seda, Garbo y Audrey Hepburn, lo ya visto y lo virtual. Pero para dar cuenta de esa excepcionalidad del personaje y de su proceso cultural, Sarlo debe echar mano a una reconstrucción de semblantes, paños y oficios, hoy perdidos.

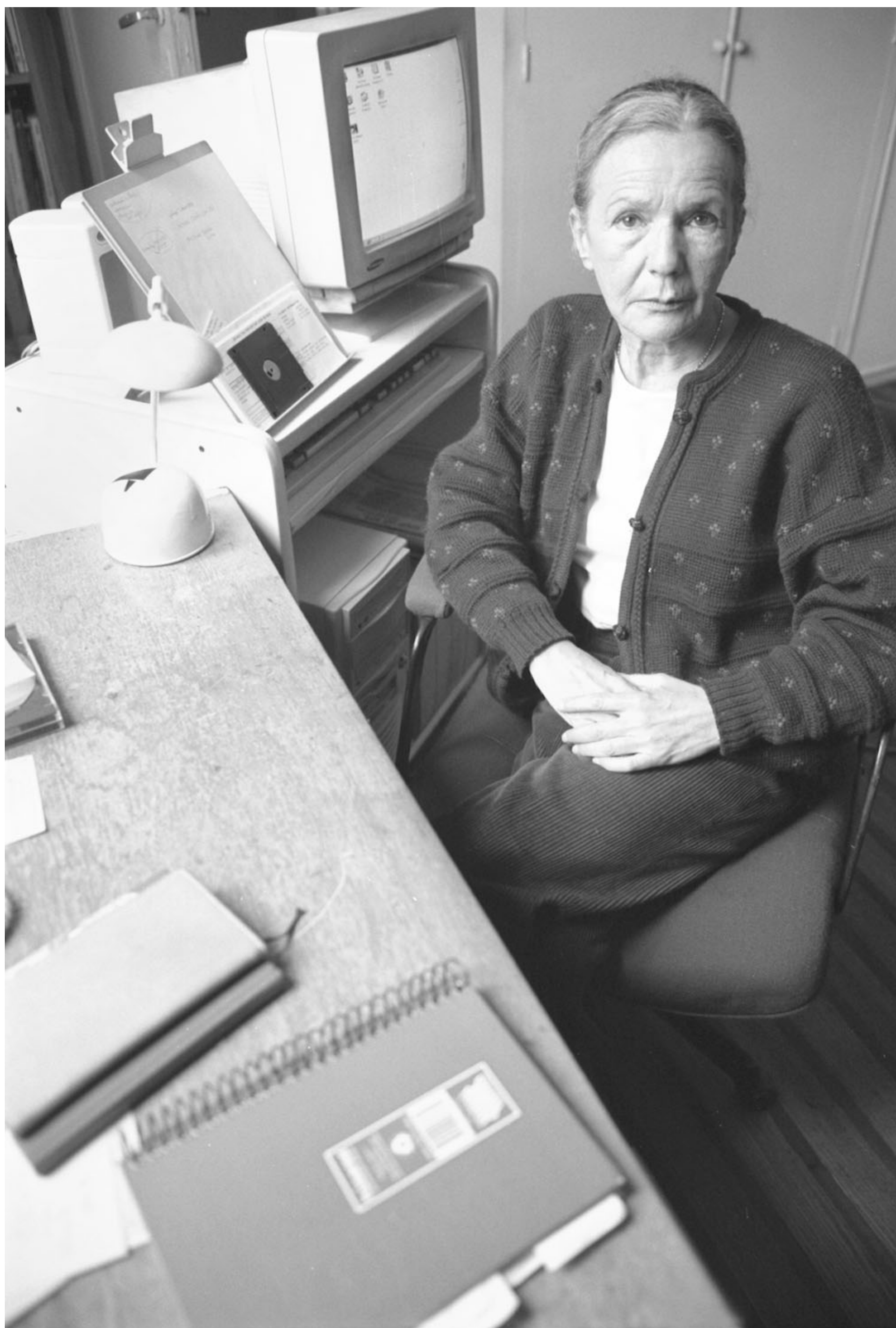
En uno de los retazos de su reciente *Varia imaginación,* Sylvia Molloy también rindió "Homenaje" a esas palabras rescatadas del común olvido: "canesú, rangland, manga japonesa, canotier, talle princesa, traje trotteur, pollera plissée, pollera tableada, pollera plato, pollera tubo, una bocamanga, un pespunte, un añadido, una pinza, una presilla, un hilván, las hombreras, ribetear, enhebrar, pestaña, vainilla, punto yerba, un festón. La sisa, la hechura".

Así, tanto en Sarlo como en Molloy, esas reconstrucciones, verdaderas arqueologías de hechuras y hacedores enunciadas en una época de posfordismo, sólo pueden ser equiparables a la potencia de una imagen fotográfica.

Hay una instantánea, precisamente, de Gisèle Freund, que me gustaría rescatar. Es de 1950 y pertenece al reportaje de *Life* sobre Eva Perón. Muestra a Eva, cara lavada, pelo recogido, toalla blanca sobre los hombros, con la mano izquierda extendida hacia una manicura. Sobre la mesita, francesa como el sillón en que Eva está sentada, una caja de esmalte Revlon. En segundo plano, un peluquero alisa las madejas de pelo rubio. Es invierno. La manicura no se ha sacado el grueso tapado de lana. El peluquero usa también pullover, más claro, bajo el traje oscuro. Podemos reconocer en los rasgos físicos de esos asistentes anónimos una inmigración reciente, mediterránea, y en su indumentaria, el rigor invernal de los suburbios. Deben haberse levantado de madrugada para producir la *toilette* oficial a tiempo.

Esa imagen, su *blow-up* diferido en el tiempo, no revela los apliques sino las implicaciones de la historia. Tal como al discurso de Sarlo, se la podría definir como una práctica de poscrítica, una intervención que conserva y, al mismo tiempo, salva la potencia en sí de la memoria, que nunca coincide con los hechos.

Cuando Sarlo entró al colegio primario pudo haber leído la biografía de una mujer de extraordinario temple que supo alimentar las esperanzas y poner alas a las ambiciones de su compañero, reconfortándolo en las noches de desaliento y amargura. Eso decía un volumen de la Biblioteca Infantil General Perón. "Fue como el astro de las tardes para el viajero de los montes, que, en las campañas de la guerrilla heroica, cruzaba silencioso en compañía de sus huestes. Visionaria sublime, alentó en su pecho un corazón de soldado, y en sus manos pálidas y bellas se agitó con tanta facilidad la rueda de la rueca hogareña como el fusil vengador y libertario." Son palabras de una maestra peronista a una niña, "Beatriz, la pequeña y mimada hija rubia de Felipe, el obrero". Las leo en *Una mujer argentina: Doña María Eva Duarte de Perón* (1948), un libro de Adolfo Díez Gómez. Se refieren a Magdalena Güemes de Tejada, la Macacha Güemes, pero para otras tantas Beatrices la pasión y la excepción de Eva fue, veinte años después, el quiebre vanguardista de lo irredento.


FOTO: NORA LEZANO

EL EXTRANJERO

ELIZABETH COSTELLO
J. M. Coetzee

Seeker & Warbug
Londres, 2003
230 págs.

En ocasiones los escritores se cansan de contener multitudes y, entonces, se inventan personajes que los contengan a ellos. La venerada y casi octogenaria escritora australiana cansada de tanto movimiento Elizabeth Costello es la máscara escogida por el sudafricano J. M. Coetzee (Cape Town, 1940) para ofrecernos su visión del mundo atrincherado en los ojos de una mujer cansada de ser quien es pero convencida de que jamás podría haber sido otra cosa. El personaje Elizabeth Costello está conformado con materiales dispersos publicados previamente en revistas y *papers*, llegando a incluir la totalidad de *La vida de los animales* (1999), publicado por Coetzee en forma de pequeño libro. Partes sueltas de una mujer que, por fin, acceden a la integridad de un todo inseparable por más que –desde el mismo sumario– Coetzee defina a Elizabeth Costello no como una novela en el sentido clásico del termino sino como "ocho lecciones" seguidas por un *postscriptum* y secuela epistolar invocando aquella carta de Hugo von Hofmannsthal. De hecho, en más de una ocasión, Coetzee ha ofrecido y leído en público partes de este libro donde, aclara, lee lo que piensa otra cuando todos saben que lo que piensa otra es aquello en lo que cree Coetzee. Y no importa lo que sea Elizabeth Costello o como se la quiera definir. Lo que sí importa es que se trata de otra obra magnífica –algunos ya le están pronosticando el Booker, el tercero para Coetzee; otros aseguran que ahora sí, por fin, llegará el Nobel que lo viene acechando desde hace unos años– e inconfundiblemente escrita por quien la firma. Aquí está, otra vez, esa prosa de palabra justa, ese pesimismo árido y a la vez fértil, ese perpetuo fluctuar entre la acción y la reflexión mientras esta sufrida mujer se arrastra de una conferencia a otra, recibe premios, es contratada para "amenizar" a los supuestamente cultos pasajeros de un crucero o sufre una suerte de epifanía creativa durante un congreso de escritores en Amsterdam, se mete en problemas al comparar las masacres animales con el holocausto judío y vaya a donde vaya es seguida de cerca por la sombra de Kafka y la idea del escritor como artista siempre hambriento. *Elizabeth Costello* se lee como se si observaran polaroids o postales cada vez más precisas y angustiantes; porque se sabe que El Tema de Coetzee es, siempre, las muchas formas de la angustia.

Como muestra de todo esto alcanza y sobra con "Realism", la magistral y primera de las lecciones. Allí Elizabeth Costello es acompañada por un fiel y un tanto rencoroso hijo en uno de sus viajes. Le van a dar una medalla y buen dinero. Mientras Elizabeth Costello soporta a periodistas y académicos haciéndole preguntas acerca de *The House of Eccles Street* (su novela más famosa, una suerte de reescritura del *Ulises* de Joyce desde el punto de vista de Molly Bloom), su hijo intima con una fan de su madre y, después del sexo, comprende algo que jamás había comprendido a lo largo de tantos años. De regreso, en el avión, el hijo contempla a la madre durmiendo con la boca abierta y roncando. "No, se dice a sí mismo, yo no salí de ahí adentro, no puede ser." Seguro que Elizabeth Costello diría lo mismo si le tocara sentarse junto a un escritor llamado J. M. Coetzee.

RODRIGO FRESÁN

WEBEANDO

ÁCIDO SURTIDO, *Nº 6: Leve*

Acido Surtido es una revista artística que se distribuye gratuitamente en Buenos Aires, Rosario, Mar del Plata y Córdoba en algunos centros culturales, librerías y museos.

Cada número es una "plancha" de 28 trabajos de diferentes autores (diseñadores, fotógrafos, escritores, ilustradores, artistas plásticos y calígrafos), realizados en forma paralela pero independiente, sobre un mismo eje que depende de cada número.

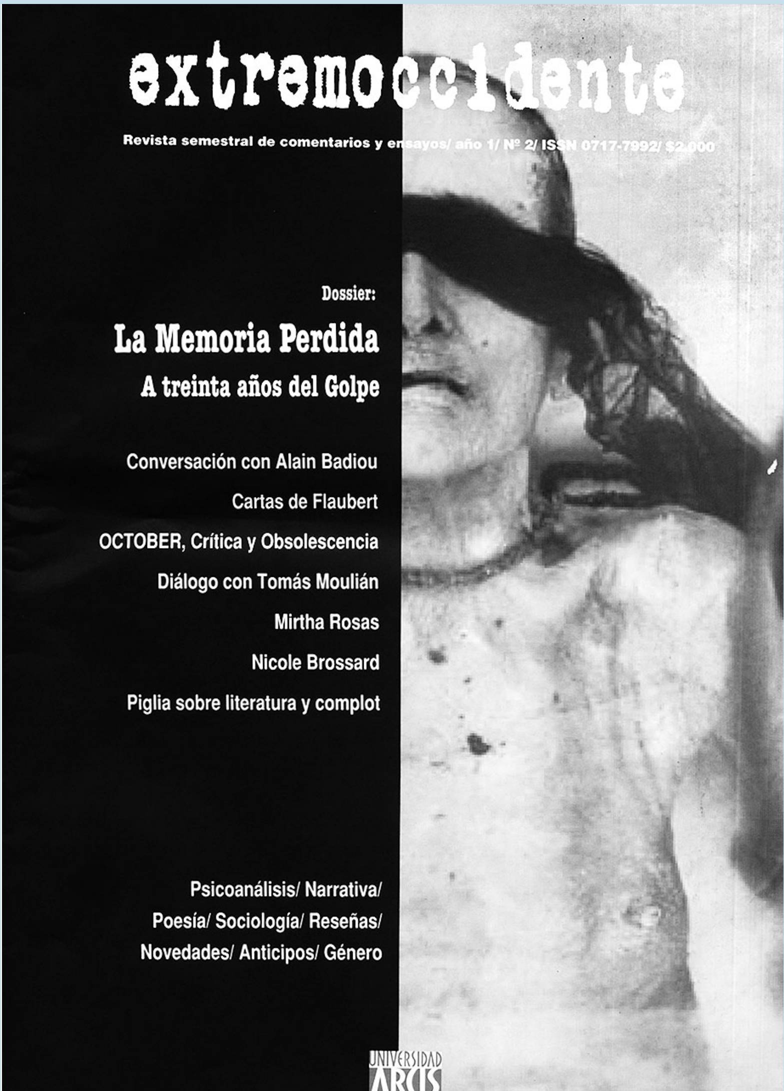
En el último número, *Acido Surtido* tomó como eje la palabra "leve" o "lo sólido en el aire". Los colaboradores de este número vuelcan en papel en forma gráfica o textual su visión, su mirada, sensación y reflexión ante la palabra-concepto en cuestión y sus derivados (leve, liviano, levedad).

En www.acidosurtido.com.ar encontramos una réplica virtual de cada número de las ediciones en papel.

El diseño del sitio es fino y moderno. A modo de *cassette* o viejo disco de vinilo, propone una Cara A y una Cara B, que al mismo tiempo se vuelven frente a la mirada del visitante separadores o "fichas" de oficina. Esta puesta en escena confirma lo que es ya una tradición de los últimos tiempos: el reciclaje o nuevo uso de las formas que pertenecieron a objetos claves de décadas pasadas. Es interesante entonces observar esa conjunción que nos ofrece el sitio entre la nostalgia del pasado o lo ya de algún modo lejano y las propuestas estéticas súper modernas, presentes, por ejemplo, en la técnica fotográfica de Andrés Sarlosi o el uso de la caligrafía para el arte de Silvia Cordero Vega.

Cara A y Cara B explayan los distintos trabajos de los artistas: ilustraciones, diseños gráficos, textos, fotografías, caligrafías y ensayos que uno puede recorrer con el mouse a través de un pequeño mapa que aparenta ser un almanaque móvil. El sitio cuenta con un menú de seis ítem. En el primero se explica el objetivo del proyecto *Acido Surtido*, el segundo nos informa acerca de los lugares de distribución de la revista en cada ciudad. "Anteriores" nos permite hacer una pequeña travesía por las ediciones previas. El cuarto ítem pone en contacto al lector con el staff realizador de la revista. Hay, además, "Novedades" y "Links". Una verdadera aproximación de lo viejo a lo nuevo, de lo pasado a lo presente: una confirmación de que no todo lo pasado muere en el olvido.

EUGENIA LINK





Pasado, presente y futuro

Con la presencia masiva en Chile de artistas e intelectuales de todo el continente, el país trasandino conmemoró los treinta años de su sangriento golpe de Estado. *Radarlibros* caminó por las calles de Santiago y asistió a las más importantes discusiones político-culturales.

POR DANIEL LINK, DESDE SANTIAGO

La opinión pública chilena tiene un costado medular y desembozadamente pinochetista, y para demostrarlo bastaría con citar algunas notas del diario *El Mercurio*, que pertenece a una empresa que controla todos los periódicos de circulación nacional y gran parte de los medios regionales en el país trasandino. El lunes pasado, por ejemplo, la edición de *El Mercurio* (que viene republicando noticias de hace treinta años), reprodujo su tapa del 8 de septiembre de 1973 con las principales noticias, desde la "Angustiosa escasez de pan" hasta las declaraciones de León Vilarín, presidente de la Confederación de Dueños de Camiones, pidiéndole al presidente Salvador Allende que dejara el cargo. Aparte se recogen los recuerdos de Sergio Onofre Jarpa, ex senador y presidente del Partido Nacional, opositor de la Unidad Popular entonces gobernante.

En las páginas de editoriales y opinión, Tomás Machale reseña los "atropellos graves a la libertad de expresión entre los años 1970-1973" y, como si todo esto fuera poco, la hija del general Pinochet se manifiesta en contra de la política de derechos humanos implementada por el presidente Lagos, basándose en el supuesto de que hay que olvidar el pasado y dejar que las heridas (de las que su padre fue el causante, por cierto) cicatricen.

Todas las voces, todas

La prensa pinochetista no se hizo cargo de los esfuerzos de la sociedad civil por recordar y evaluar el pasado político de los chilenos, salvo cuando contabilizó los efectivos policiales dispuestos a reprimir los excesos que, con certeza profética, *El Mercurio* suponía que se producirían en los actos políticos frente al Palacio de la Moneda, cuando el presidente Lagos declaró oficialmente reabierta la puerta de Morandé 80, la que usaba Allende y la que usaron las tropas de asalto cuando decidieron arrasar la sede gubernamental.

Nada, desde ya, sobre los monumentales recitales organizados por la Fundación Salvador Allende en el emblemático Estadio Nacional el viernes 5 y el sábado 6, de los que estaba programado que participaran Los Prisioneros, Gilberto Gil, Daniela Mercury, León Gieco, Víctor Heredia, Daniel Viglietti, Silvio Rodríguez, Pedro Aznar, César Isella, Quilapayún, Isabel y Tita Parra, entre otros célebres artistas de la música popular latinoamericana.

El fenómeno atmosférico que en Argentina se conoce como "tormenta de Santa Rosa" aguó un poco las conmemoraciones en el Estadio Nacional, pero de todos modos los artistas se presentaron (los mismos días o a lo largo de la semana, en otras sedes, como fue el caso de Silvio Rodríguez) para homenajear a las víctimas de las violaciones a los derechos humanos cometidas por los golpistas de Pinochet.

En el quiosco

Privados de periódicos que se hagan cargo de las tensiones que atraviesan la sociedad chilena en relación con su pasado político inmediato, los santiaguinos deben recurrir a publicaciones periódicas, donde las cosas se presentan de forma un poco más parecida a como el argentino medio puede imaginarlas. Por ejemplo, la revista *El periodista*, que consagró su "edición especial" del pasado 31 de agosto a recordar la historia política chilena, desde "Allende gobierna Chile" hasta "Se firma el Tratado de Libre Comercio con EE.UU. y se consolida el modelo neoliberal". Además de una historieta sobre el 11 de septiembre, destinada a explicar a los niños las causas y las consecuencias del golpe de Estado, se incluye una entrevista a Hermógenes Pérez de Arce, una de las figuras más cercanas al general Augusto Pinochet y eventual candidato a la alcaldía de Santiago. El capitán retirado Raúl Vergara cuenta cómo fue detenido, torturado y expulsado de Chile por las fuerzas pinochetistas y, entre otras notas de fondo, se analiza el caso de la desaparición de María Isabel Beltrán y el papel que en ella habrían tenido el general Humberto Julio (actualmente procesado) y el actual director de investigaciones, Nelson Mery.

Extremoccidente es una revista semestral "de comentarios y ensayos" que, como tal, se despreocupa de las "noticias", pero no del análisis de fondo de la actualidad. Editada por la Universidad Arcis, la publicación dedicó su último número a "La memoria perdida", a treinta años del golpe. El *dossier* incluye una larga entrevista a Tomás Moulián y pequeños ensayos de Josefa Ruiz-Tagle, hija de desaparecidos ("Treinta años como yo"), Felipe Victoriano ("Sombra y desdicha. Acerca del golpe y la intimidad de la muerte"), Willy Thayer ("El golpe como consumación de la vanguardia") e Iván Trujillo Correa ("La construcción sacrificial de la memoria"). Memoria, reparación y duelo, en efecto, constituyen la tríada de palabras que domina en estos días el debate público chileno; además, claro, del cada día más compartido rechazo al modelo neoliberal.

Re-unión

De las muchas reuniones de intelectuales que se realizaron en estos días, hay que destacar el encuentro Utopía(s) 1970-2003, organizado por Nelly Richard para la Universidad Arcis con el patrocinio del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile y la Fundación Salvador Allende. El lugar elegido fue el centro cultural Diego Portales, que funciona en el edificio desde el cual gobernó el país Pinochet una vez incendiado el Palacio de la Moneda.

Durante tres días, del 4 al 6 de septiembre, intelectuales de todo el mundo convocados por la directora de la *Revista de Crítica Cultural* se reunieron en 30 mesas de debate para "revisar el pasado, criticar el presente, imaginar el futuro" (tal el lema del evento). Una vez más, la memoria y la reparación, pero también las alternativas a la hegemonía neoliberal, ocuparon la escena tanto en lo que se refiere a los disertantes como al tumultoso público que, de a miles, ocupó las instalaciones del Diego Portales (donde, en otra sala, se presentó también Silvio Rodríguez) para demostrar que, más allá de los *opinion makers* transcordilleranos, hay un debate intenso y en curso sobre el pasado y el futuro de la sociedad trasandina.

Entre los oradores estuvieron Jean Franco, Beatriz Sarlo, Tomás Moulian, José Joaquín Brunner, Carmen Berenguer, Ana Amado, Idelber Avelar, Juan Pablo Sutherland, Pedro Lemebel, Isabel Allende, Alberto Moreiras, Nicolás Casullo, Martín Hopenhayn, Diamela Eltit y Andreas Huyssen.

Imposible sería tan siquiera intentar resumir los diferentes puntos de vista, debates y discusiones que los ávidos asistentes quisieron promover. Pero el encuentro generó en los participantes la conciencia de que, como decían los cartelones de la Fundación Salvador Allende, "el sueño existe" y ese sueño pasa hoy por los procesos de integración regional como única alternativa posible al modelo neoliberal, a la concentración económica y a la desigual distribución de la riqueza que lo caracterizan. Pero también, como se oyó en más de una mesa, hay que reconocer los errores del pasado para no repetirlos en el futuro. Que así sea.